



PARTE CUARTA

I.

Los tiros de Montson habían repercutido en París con eco formidable. Desde hacía cuatro días, todos los periódicos de oposición estaban indignados, y publicaban en la primera plana relatos terribles de aquellos sucesos: veinticinco heridos y catorce muertos, entre los cuales había dos niños y tres mujeres. Levaque se había convertido en una especie de héroe; porque se le atribuía una respuesta heroica, digna de un espartano, al prestar declaración ante el juez de instrucción. El gobierno imperial, á quien aquellas balas habían alcanzado en el pecho, afectaba la calma y la tranquilidad de la omnipotencia, sin darse él mismo cuenta de la gravedad de sus heridas. No se trataba, decía, más que de un hecho

aislado, ciertamente lamentable, pero sin importancia, tanto más, cuanto que el teatro de la escena se hallaba bien lejos de la capital, donde realmente se hace la opinión. Aquello se olvidaría pronto; la Compañía recibió extraoficialmente indicaciones acerca de la necesidad de concluir con la huelga, la duración de la cual era verdaderamente irritante, y hasta constituía un peligro para la sociedad; y de echar tierra al asunto, para que pronto se dejase de hablar de él.

Así es, que, el miércoles por la mañana, llegaron á Montson tres Consejeros de Administración de la Sociedad minera. El pueblecillo, mejor dicho, los burgueses del pueblo, asustados aún del terrible drama de *La Voreux*, no se atrevían ni siquiera á darse la enhorabuena, al verse libres de los ataques probables á su propiedad, y acaso, á su vida. El tiempo había mejorado. Deshecha la nieve por completo, despejado el cielo, amaneció un día de sol brillantísimo y casi caluroso para ser de Febrero. Habían sido abiertas todas las persianas del palacio del Consejo de Administración; el hotel revivía. Empezaron á circular rumores muy satisfactorios, pues decían que aquellos señores, profundamente afectados por la catástrofe, se apresurarían á abrir paternalmente sus brazos á los obreros. Entonces, que ya estaba el golpe dado, quizás con más violencia de la que se quería, los Consejeros de Administración se prodigaban, dándose aire de salvadores, y adoptando resoluciones

tardías, pero excelentes. En primer lugar, despidieron á los belgas, haciendo grandes alardes de aquella concesión grandísima en favor de sus mineros. Luego hicieron que cesase la ocupación militar de las minas, no amenazadas por los derrotados huelguistas, consiguiendo también que no se hablase más del centinela que había desaparecido de *La Voreux*; como se había registrado toda la comarca sin encontrarle, y sin encontrar su fusil, los jefes del regimiento lo dieron de baja como desertor, si bien sospechaban la existencia de un crimen. En todos terrenos, los individuos del Consejo administrativo procuraron remediar las consecuencias de los últimos funestos sucesos, aminoraron su gravedad, y publicaron alocuciones, dirigiéndose á los obreros en términos cariñosos para que volviesen al trabajo, ofreciéndoles olvido y perdón completos.

A pesar de todas estas ocupaciones, no descuidaban sus intereses, como decía bien claro el hecho de que Deneulín celebraba conferencias frecuentes con Hennebeau, sin duda relativas á la venta de *Vendome*.

Hasta entonces el barrio de los *Doscientos Cuarenta* seguía obstinado en su salvaje resistencia. Parecía que la sangre de sus compañeros abría un abismo entre ellos y los propietarios de las minas. Apenas llegaban á diez los que trabajaban: Pierron y otros cuantos de su calaña, á los cuales se veía salir para el trabajo y volver á su casa en medio

del más profundo y despreciativo silencio; pero sin dirigirles amenazas de ningún género tampoco. Además, se abrigaban serias desconfianzas acerca de los propósitos de la Compañía, la cual, en ninguna de sus proclamas, se ocupaba explícitamente de los obreros despedidos. ¿Sería que tuviesen el proyecto de no admitirles más?

Pero de todas las casas del barrio, ninguna tan silenciosa y sombría como la de Maheu, anonadada por el luto. Desde que hubo acompañado á su marido hasta el cementerio, puede decirse que la viuda de Maheu no había vuelto á despegar los labios. No se ocupaba en nada de cuanto la rodeaba.

Después de la batalla, consintió que Esteban llevase á la casa á Catalina, llena de fango y muerta de cansancio; y al desnudarla delante del joven para meterla en la cama, por un momento creyó también que su hija estaba herida en el vientre, porque tenía la camisa llena de sangre; pero pronto comprendió que era el desahogo de la pubertad, declarada al fin bajo la influencia de las violentas emociones de aquel día. Pero no hablaba nunca, y menos con Catalina ni con Esteban. Este, á riesgo de que fueran á prenderlo, dormía con Juanillo en la cama, porque no se sentía con fuerzas para volver á la oscuridad del subterráneo de *Requillart*; antes la cárcel cien veces.

Es verdad que á menudo pensaba en la prisión, como si fuese un refugio para él; pero nadie lo buscó, y vivió tranquilo, aunque aburridísimo y

triste de ver pasar horas y horas sin saber qué hacer ni en qué ocuparse.

Algunas veces, la viuda de Maheu les miraba á él y á su hija con expresión de rencor y con aire de extrañeza, como si se preguntara qué hacían los dos en su casa.

Nuevamente dormían todos en montón. El abuelo ocupaba la antigua cama de los chiquillos, los cuales se acostaban con Catalina, ahora que ya no estaba allí la pobre Alicia. De noche, más que nunca, sentía su madre lo desierto de la casa, encontrándose en aquella cama que, durante tantos años, ocupara con su marido, y que resultaba tan grande para ella sola. En vano se llevaba allí á Estrella, para estar más estrecha; su hija no reemplazaba á su marido, y la pobre viuda se pasaba las horas muertas llorando. La vida había recobrado su aspecto normal, y los días transcurrían como antes, sin pan, y sin que tuviesen la suerte de morirse, para no padecer más. Todo seguía lo mismo; pero con la diferencia de que no tenía á su marido allí, de que no volvería á tenerle jamás.

En la tarde del quinto día, Esteban, desesperado de ver á aquella mujer silenciosa y huraña, prefirió salir, y, abandonando la habitación, echó á andar á la ventura por las calles del barrio. Aquella inacción forzosa en que vivía le obligó á dar un gran paseo, durante el cual las mismas tristísimas ideas que le acometieran bastantes días antes de la catástrofe le atormentaban cruelmente. Media hora

llevaba andando sin saber por dónde, cuando comprendió, y esto aumentaba su malestar, que sus compañeros se asomaban á las puertas de las casas para verle pasar. Lo poco que quedaba de su popularidad desapareció con motivo de la catástrofe de *La Voreux*. Esteban levantó la cabeza: allí estaban los hombres con ademán amenazador, y las mujeres levantando un pico de las cortinillas de la ventana; y bajo el peso de la acusación tácita todavía, de la cólera mal disimulada que brillaba en los ojos de todos, agrandados por el hambre y por las lágrimas, sentíase tan turbado, que no acertaba ni siquiera á dar un paso. A su espalda, los rumores de reproche iban en aumento, y tal miedo le dió de que el barrio entero saliese á echarle en cara su desventura, que volvió rápidamente á su casa. Allí estaba el tío *Buenamuerte*, clavado en una silla, de la cual no podía moverse desde el día de la matanza, en el que unos vecinos le recogieron del suelo y se lo llevaron á su casa, en un estado terrible de abatimiento. Y mientras Enrique y Leonor, á fin de engañar el hambre, rebañaban una cacerola donde el día antes habían cocido coles para cenar, la viuda de Maheu, en pie, delante de la mesa, con la cabeza erguida y con ademán furioso, amenazaba á Catalina con el puño.

—¡Repíte eso, condenada! ¡Repíte lo que ácabas de decir!

Catalina acababa de manifestar su propósito de ir á trabajar á *La Voreux*. La idea de no ganar

nada, de ser tolerada en casa de su madre como un animalejo inútil, al que es necesario mantener, se le hacía cada vez más intolerable; y á no ser por el temor de que Chaval le pegase una paliza, se habría ido á trabajar al día siguiente de la catástrofe. La pobre muchacha contestó tartamudeando:

—¿Qué quieres? no se puede vivir sin hacer nada. Así, al menos, tendremos pan.

Su madre la interrumpió:

—Mira: al primero de vosotros que vaya á trabajar, lo ahogo—gritó la viuda.—¡Ah! Sería demasiado haber matado al padre, y seguir ahora explotando á los hijos. Basta, basta; prefiero ver que os entierran á todos como enterraron á tu pobre padre.

Y aquel obstinado silencio de quince días, rompió en un hablar sin ton ni son, en una de palabras que aturdía. ¡Buena cosa le llevaría Catalina! Treinta sueldos cuando más, y otros veinte si los jefes se decidían á buscar alguna ocupación para Juanillo. ¡Cincuenta sueldos y siete bocas que mantener! Los chiquillos no servían más que para comer: en cuanto al abuelo, debía haberse roto algo en la cabeza cuando dió la caída, porque desde entonces parecía idiota, á menos que aquello fuese sólo efecto de haber presenciado los asesinatos cometidos por los soldados.

—¿No es verdad, padre, que os han matado? Por más que aún esté ese brazo fuerte, acabaron con vos para siempre.

Buenamuerte la miraba con ojos espantados, sin comprender lo que decía.

—Y como no le han concedido aún la pensión á que tiene derecho, de seguro que ahora nos la van á negar esos canallas, con pretexto de nuestras ideas... ¡Oh, no! Os digo que no quiero nada más con esa gente infame.

—Sin embargo—institió Catalina;—ellos prometen en la proclama...

—¿Quieres dejarme en paz con la tal proclama?... Otro lazo para explotarnos. Ahora se las echan de amables; ahora, después de habernos agujereado el pellejo.

—Pero entonces, madre: ¿dónde iremos? De seguro nos echarán de la casa.

La viuda de Maheu hizo un gesto terrible. ¿A dónde irían? Ni lo sabía, ni quería pensar en ello, temiendo volverse loca.

Pero se irían de allí á cualquier parte.

En aquel momento, furiosa contra los chiquillos porque hacían ruido, dió un pescozón á Enrique y un azote á Leonor, los cuales empezaron á gritar desaforadamente, y los berridos de Estrella, que acababa de caerse de una silla, aumentaron el estrépito. De pronto, su madre, desesperada, rompió á llorar también, y empezó á golpearse la cabeza contra la pared.

Esteban, silencioso é inmóvil, no se había atrevido á intervenir, porque nadie le hacía ya caso; hasta los chiquillos huían de él con repulsión. Pe-

ro las lágrimas de aquella infeliz le conmovieron tanto, que no pudo menos de murmurar:

—¡Vamos! ¡Vamos! Valor... Ya veremos cómo salimos del paso.

La viuda, que parecía no haberlo oído, dejó de chillar, y continuó llorando y quejándose en voz baja:

—¡Oh, cuánta miseria! ¡Parece un sueño! Al fin y al cabo, antes de todos estos horrores, la cosa, bien que mal, iba adelante, y aunque pasábamos hambre, por lo menos estábamos todos reunidos... pero, ahora... ¿Qué ha sucedido? ¡Dios mío! ¿Qué hemos hecho nosotros para vernos castigados así, los unos muertos, los otros deseando estarlo?... ¿Pues no era verdad que se nos trataba como á bestias de trabajo, que se cometía la injusticia de explotarnos de generación en generación, para aumentar la fortuna de unos cuantos ricos á costa de nuestra propia vida, sin más premio que malos tratos é infamias?... ¡Sí; aquello no podía durar; era necesario respirar un poco! ¡Y, sin embargo, si hubiéramos sabido lo que iba á pasar!... ¿Es posible que se haya uno hecho tan desgraciado por desear el triunfo de la justicia?

Los suspiros la ahogaban; su voz se extinguía en una tristeza inmensa.

Luego, no faltan maestros que se meten á prometernos que la cosa se arregla tan pronto como nosotros queramos...; y, ¡es claro! la sangre se sube á la cabeza, y como, con lo que existe, se sufre

tanto, se mete uno á pedir lo que no existe... Se sube uno á las nubes, y es natural; al caer otra vez, revienta uno. Era mentira; no había nada de lo que esperábamos; no había más que dolores, sufrimientos, miseria, y, como si todo esto no bastase, tiros también para asesinarlos.

Esteban, con la cabeza baja, escuchaba aquellas quejas, cada una de las cuales le producía un remordimiento. No encontraba palabras con que calmar á la viuda, quien, furiosa, con ademán amenazador y dirigiéndose á él, tuteándolo, exclamó fuera de sí:

—¡Y tú, tú también hablas de que volvamos al trabajo, después de habernos metido en todo esto!... No te echo nada en cara; pero te aseguro que si yo estuviese en tu pellejo, me hubiese muerto ya cien veces, pensando en el daño hecho á los compañeros.

El joven quiso contestar; luego, desesperado, se encogió de hombros: ¿á qué dar explicaciones que, en su dolor, no había ella de comprender? Y como no podía soportar aquella escena, salió á la calle, y emprendió de nuevo su paseo á la aventura. Vió que, como si lo hubiesen estado esperando, toda la gente se hallaba á las puertas de las casas. Al notar su presencia, oyéronse rumores, y empezaron á formarse grupos en ademán amenazador. Las murmuraciones disimuladas de aquellos últimos días estallaban entonces en una maldición universal. Todos le amenazaban con el puño cerrado; las

madres le enseñaban á sus hijos con ademán rencoroso; los viejos, al verle pasar, escupían y le miraban con aire despreciativo. Era el cambio natural que se produce en la opinión al día siguiente de una derrota; era el obligado reverso de la popularidad; era la execración que exasperaba á todos, al ver que sus heroicos sufrimientos resultaban inútiles.

Zacarías, que llegaba con Filomena, tropezó con Esteban, y, en vez de saludarle, empezó á reírse de él maliciosamente.

—Mira, mira cómo engorda—dijo;—parece que se alimenta con las desdichas de los demás.

También la mujer de Levaque se había asomado á la puerta, acompañada de Bouteloup. Y, hablando de su hijo Braulio, muerto de un balazo, exclamó:

—Sí, hay cobardes que hacen asesinar á los chiquillos. Que vaya y desentierre al mío para devolvérmelo.

No se acordaba de su marido preso, ni lo echaba de menos estando allí Bouteloup; pero en aquel momento se le ocurrió acordarse de él, y añadió con voz chillona:

—¡Anda, anda; cómo se pasean los canallas que tienen la culpa de todo, mientras los hombres honrados están presos!

Esteban, huyendo de ella, había ido á tropezar con la mujer de Pierron, que acudía presurosa á través de los jardinillos. Esta consideraba como

una ventaja la muerte de su madre, que cien veces, con sus violencias, había estado á punto de comprometerlos, y no lloraba tampoco por Lidia, la hija de su marido, la cual constituía para ella una verdadera carga; pero se aliaba á sus vecinas, á fin de reconciliarse con ellas.

—¿Y mi madre, d? ¿Y mi chiquilla? ¿Crees que no te han visto ocultándote detrás de ellas para librarte de las balas?

¿Qué había de hacer? ¿Ahogar á la mujer de Pierron y á la otra? ¿Batirse con el barrio entero? Por un instante tuvo Esteban el deseo de hacerlo. La sangre se le subía á la cabeza; llamaba brutos á sus compañeros, y se irritaba viéndolos tan estúpidos y tan bárbaros, que le culpaban á él por las consecuencias lógicas de los hechos. ¡Qué insensatos! Sentía su impotencia para dominarlos de nuevo, y, haciéndose el sordo á las injurias, se contentó con apresurar el paso y salir del barrio. Pero pronto tuvo que huir; la gente le perseguía; todo un pueblo se levantaba como un solo hombre para maldecirle en el desenfreno de sus malas pasiones. Él era el explotador; él, el asesino; él, el único causante de tanta desventura.

Salió del barrio, lívido de furor y huyendo de aquellas turbas, que, de alcanzarlo, se hubieran seguramente ensañado contra él. Cuando llegó á la carretera, muchos le dejaron; pero algunos, más tercios que la mayor parte, continuaron persiguiéndole con sus injurias. Al llegar á la puerta de la

Ventajosa, tropezó con otro grupo que salía de *La Voreux*.

En aquel grupo iba Mouque, el viejo, y Chaval. El pobre anciano, después de la muerte de sus dos hijos, seguía trabajando como mozo de cuadra, sin pronunciar ni una sola queja.

De pronto, al ver á Esteban, sintióse acometido por un furor extraordinario; sus ojos se arrasaron en lágrimas, y de su boca salieron atropelladamente todo género de injurias.

—¡Canalla, bribón, miserable! ¡Tú has matado á mis hijos, y has de pagar su muerte! ¡Muere tú también!

Y cogiendo un ladrillo, lo hizo dos pedazos, y lo lanzó violentamente á la cabeza de Esteban.

—¡Sí, sí, matémosle!—exclamó el rencoroso Chaval, feliz al ver que se le presentaba ocasión de vengarse;—á cada puerco le llega su San Antón... Ahora te toca á tí.

Y también él la emprendió á pedradas con su rival. Levantóse un clamoreo salvaje: todos cogieron ladrillos, los hicieron pedazos, y, frenéticos, los lanzaron á la cabeza de su antiguo jefe, ni más ni menos que hicieran unos cuantos días antes contra los soldados. Esteban, aturdido ya, no huía; hacía-les frente, procurando defenderse de las pedradas, y calmarlos, convenciéndolos con frases. Recordaba párrafos de aquellos discursos suyos tan recientes, y que tantos aplausos le valieran; repetía las propias palabras con que los entusiasmara algunos días

antes; pero su influencia estaba muerta. Sólo á pedradas le contestaban; y, herido ya en un brazo, retrocediendo ante el peligro inminente ó inevitable, encontróse acorralado contra la fachada de la *Ventajosa*.

Rasseneur estaba en la puerta.

—Entra—le dijo éste sencillamente.

Esteban titubeaba, porque se sentía humillado refugiándose en casa de su rival.

—Entra, hombre, que tengo que hablarte.

El obrero se resignó, y fué á refugiarse á un rincón de la taberna, mientras Rasseneur defendía la entrada.

—Vamos, amigos míos, sed razonables... Bien sabéis que yo no os he engañado nunca. Siempre os aconsejé la calma; y, si me hubiéseis escuchado, no habrían llegado las cosas al punto en que hoy están.

Y les pronunció un discurso de aquellos suyos, que por cierto aquel día le devolvió su popularidad.

Todos le aplaudían, todos se entusiasmaban, todos le decían que aquel era el lenguaje de la razón y de la prudencia.

¡Qué contraste! ¡Pobre Esteban! ¡Cuánto sufrió en un momento, recordando la ovación entusiasta que recibiera en el bosque de Vendome!

Oyóse de nuevo la voz de Rasseneur.

—Jamás la violencia—decía—ha dado buenos resultados; es imposible rehacer el mundo en un

día. Los que os han prometido tal disparate, son unos locos ó unos malvados.

—¡Bravo, bravo!—gritó la muchedumbre.

¿Quién era el culpable? Y esa pregunta que Esteban se hacía en su interior, acababa de anonadarlo. ¿Sería verdaderamente culpa suya aquella desdicha que también á él le alcanzaba, la miseria de unos, la muerte de otros, el hambre de las mujeres y de los chiquillos? Los acontecimientos se habían impuesto, sin que él los buscase, y á veces, á pesar de haber tratado de evitarlos. ¿Podía esperar que sus amigos se revolviere así contra él? Aquellos infames mentían al decir que les había prometido una vida de pereza y de abundancia. Esas cosas las habían soñado ellos. Y en medio de esta justificación, de estas razones con que procuraba acallar sus remordimientos, se agitaba en él la sorda inquietud de no haberse mostrado á la altura de su misión, la duda eterna de los que son sabios á medias. Pero se sentía ya sin valor para seguir luchando; le asustaban sus mismos compañeros; le espantaba aquella amenaza enorme, ciega é irresistible del pueblo, que se desbordaba como un torrente, barriéndolo todo, sin someterse á ningún género de reglas ni de teorías. Cierta repugnancia lo había ido separando de ellos, repugnancia de la cual nacía el malestar de sus refinadas aficiones, y aquel subir lento de todo su sér hacia una clase social superior á la suya.

En el mismo instante la voz de Rasseneur se per-

día entre las aclamaciones entusiastas del pueblo.

—¡Viva Rasseneur! ¡No hay nadie como él. ¡Bravo, bravo!

El tabernero cerró la puerta, y entre tanto los grupos se disolvieron. Los dos hombres se miraron sin hablar palabra. Ambos se encogieron de hombros, y acabaron por beber juntos unas copas de cerveza.

Aquel mismo día hubo gran banquete en *La Piolaine*; celebrábase los esponsales de Negrel con Cecilia. Los señores de Gregoire habían pasado tres días arreglando el comedor y preparando la fiesta. Melanfa reinaba en la cocina, vigilando los guisos y dando el punto conveniente á las salsas, el olor de las cuales trascendía á toda la casa. Quedó decidido que Francisco, el cochero, ayudaría á Honorina á servir la mesa, y la mujer del jardinero fregaría la vajilla, mientras su marido quedaba destinado para abrir y cerrar la verja de entrada. Jamás se había desplegado tanto lujo en la patriarcal morada de los Gregoire.

Todo salió á pedir de boca. La señora de Hennebeau estuvo amabilísima con Cecilia, y sonrió cariñosamente á Negrel cuando el notario de Montson propuso un brindis por la felicidad del futuro matrimonio. El señor Hennebeau también parecía muy satisfecho, hasta el punto de que su buen humor extrañó á todos los convidados, quienes tenían la costumbre de verle siempre taciturno. Debía ser cierto un rumor que circulaba acerca de que la

Compañía le distinguía otra vez con su completa confianza, y que le iban á dar la cruz de la Legión de Honor por su enérgica conducta con ocasión de la huelga. Todos procuraban no hablar de los sucesos recientes; pero en la general alegría había mucho de la satisfacción del triunfo; el banquete parecía celebrarse en honor de una victoria. ¡Ya estaban libres de preocupaciones! ¡Ya podían dormir y comer en paz! Hizose una discreta alusión á los muertos de *La Voreux*, cuya sangre aún no había sido bien sorbida por el fango: la cosa resultaba una lección necesaria, aunque lamentable, y todos se conmovieron cuando oyeron decir á los señores Gregoire que el deber de cada cual ahora consistía en remediar en lo posible los males y las miserias de los obreros. El matrimonio había recobrado su carácter bonachón y su ciega confianza en sí mismo; perdonaba de buen grado á sus buenos obreros las exageraciones pasadas, y decían que debían imitar el ejemplo de resignación que ellos les daban.

Los notables de Montson, sin motivo ya para temblar, convinieron en que la cuestión de los jornales debía ser, en efecto, estudiada muy detenidamente.

A la hora del asado, el gozo fué completo, cuando el señor Hennebeau leyó una carta del Obispo, anunciando el relevo del abate Rauvier. Toda la burguesía de la provincia comentaba apasionadamente la historia de aquel cura, que llamaba asesinos á los soldados. Y el notario, á la hora de los

postres, declaró solemnemente que era librepensador.

Allí estaba con sus dos hijas Deneulín, quien, en medio de tanta alegría, se esforzaba por ocultar la tristeza y melancolía de su ruina. Aquella misma mañana había firmado la escritura vendiendo *Vendome* á la Compañía de Montson. Arruinado y abatido, tuvo que someterse á las exigencias de los compradores, abandonándoles á bajo precio aquella presa por tanto tiempo ambicionada, y sacándoles apenas lo suficiente para pagar á sus acreedores. En los últimos momentos aceptó con verdadero placer el nombramiento de ingeniero de división, quedando así destinado á vigilar por cuenta ajena aquello que poco antes era su propiedad, la mina donde había enterrado toda su fortuna.

Cuando pasaron al salón para tomar el café, el señor Gregoire llamó á su primo á un rincón, y le felicitó por haberse decidido á vender.

—¿Qué quieres? Lo único que hiciste malo fué arriesgar en *Vendome* el millón de francos de tus acciones de Montson. Te has tomado un trabajo terrible, y, ya lo ves, te has quedado sin nada, mientras que mi dinero me da de comer sin trabajar, como dará de comer á mi hija y á mis nietos.

